

ven y buen mozo, melancólico por naturaleza, y que únicamente se animaba con las palabras ó gestos de su amada. Bien sea que Cora Maugo se hubiese imaginado que yo la rondaba, ó bien que me prefiriese á mí, lo cierto es, que poco á poco rompió con John Pepper, y aprovechó todas las ocasiones de estar á mi lado. Apoderóse del amante deshauciado una profunda melancolía, y un día en que ignorante yo de su desgracia, le pregunté cuándo se casaba:

— Cuando Dios quiera, señor Compton; pero á mí se me figura que no ha de verificarse nunca mientras ella os vea aquí. ¿Por qué no os volveis á vuestra patria?

— Y ¿qué te importa á tí, John, que yo esté aquí ó en otra parte? ¿piensas que yo trato de usurparte tu Cora?

— Pues si no tratáis de eso, ¿á qué andar rondando siem-

pre nuestras casucas? Los hombres blancos nada tienen que hacer en las chozas de los negros.

— Voy á ellas por veros danzar, y porque gozo contemplándoos felices.

— Yo no soy feliz, amo mio, replicó Pepper meneando la cabeza.

— ¿No eres feliz? ¡Pobre John! y dime, ¿qué puedo yo hacer por tí?

— Ah! si de veras lo deseais, que contento estaria! Ya conocéis á Nelly, la vieja hechicera, que da á veces encantos á los niños; ella os ama mucho, y yo le he oido decir que sois un excelente señor. Pues bien, tomaos la molestia de ir á decir á la vieja Nelly que deseais mi enlace con Cora, y veréis que pronto se verifica.... Es tan seguro como allá arriba hay un Dios omnipotente.

La negra en quien John tenia tan ilimitada confianza, era por cierto el objeto mas miserable y asqueroso que puede imaginarse. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas; cubrian su cabeza algunos cabellos blancos como la nieve, y su entreabierta boca patentizaba los estragos del tiempo. Pasaba la mayor parte del dia sentada al sol sobre una gran piedra delante de su choza, murmurando sin cesar palabras cabalísticas; en una palabra, era una luz mezquina próxima á extinguirse. Rara vez pasaba yo por delante de ella sin echarla sobre las rodillas alguna limosna, que la pobre vieja se apresuraba á recoger, dándome las gracias con un movimiento de cabeza.

— Pero ¿qué puede hacer esa mujer?

— Escuchad, amo mio, replicó Pepper; y acercándose á mí, se apoyó en el respaldo de la silla casi hasta tocar mi oido con su boca.

— Esa mujer es grande, muy grande, como que es *obeah*, me dijo en voz baja.

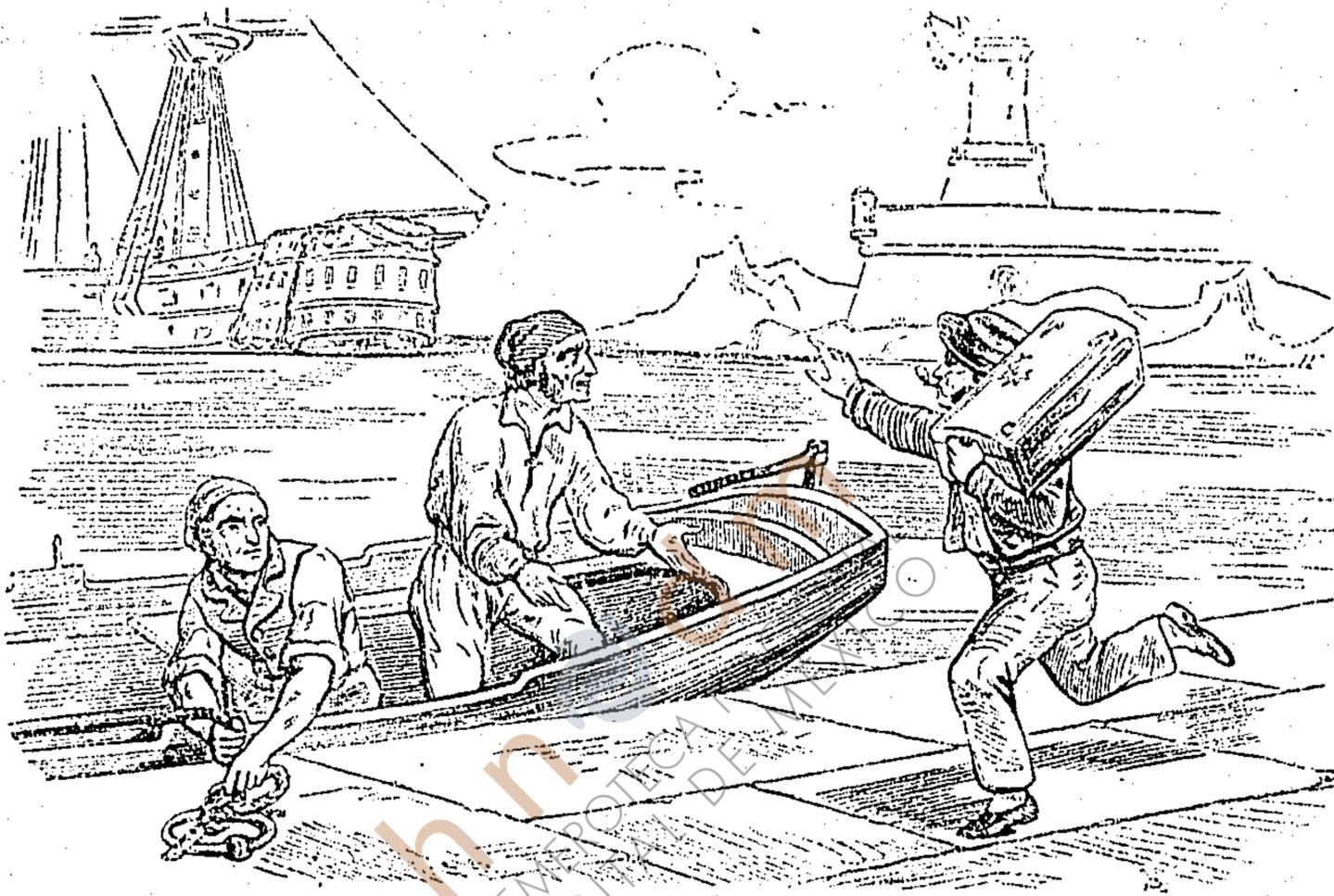
Sorprendiome en extremo esta confianza, porque un secreto de importancia tal es rigurosamente guardado por los

negros, sobre quienes los supuestos hechiceros, llamados *obeahs*, ejercen un poder tan ilimitado, que son castigados severamente cuando se llega á descubrir alguno. Sin embargo, como el asunto no me atañia, y se me habia hecho la revelacion bajo palabra de secreto, le prometí hablar á la octogenaria Nelly aquella misma tarde.

Dirigíme como de costumbre á las grutas: hice mi ordinario regalo de ron, y cuando me pareció estar mas animada la danza, me escurrí como pude y partí en busca de la vieja; estaba columpiando su esqueleto vivo y murmurando palabras ininteligibles; y como si hubiese adivinado que aquella tarde precederia una peticion á la limosna, alargó la cabeza y aplicó el oido.

En pocas palabras la manifesté lo que deseaba, y me

retiré en seguida dudando de la utilidad de su intervencion. Pero en los dias siguientes, noté que Cora estaba triste y pensativa y huia de mí con cierto desden que me admiraba. Tres semanas despuesse efectuó el casamiento, y el venturoso John me suplicó que honrase con mi presencia la bendiccion nupcial que debía



El veneno de los Obeahs.

echarles M. Wilson, misionero protestante, que residia cerca de nuestro establecimiento.

Tres semanas llevaban de casados John y Cora, cuando supe que acababan de llegar varios misioneros, y que uno de ellos venia destinado para nuestra plantacion. Esta noticia me disgustó, porque la ejemplar conducta de M. Wilson se habia atraido el respeto universal, y era de temer que el principio de los nuevos sectarios, no estuviesen acordes con los de nuestro venerable ministro. Por desgracia todo esto era cierto. Paseándome yo un dia por entre las chozas, descubrí un hombre que hablaba á los esclavos con calor y vivacidad. Por su exterior y su lenguaje adiviné quien podria ser, pero deseando cerciorarme, me acerqué sin cumplimiento y le pregunté su nombre y las razones que le conducian á la plantacion.

— Mi nombre es Saul Fallow, contestó con tono magistral; el Señor me envia á enseñar el camino del cielo á estos pobres hermanos extraviados.

— Tenemos ya un ministro del Evangelio que está encargado de instruirles, contesté, y aunque son de agradecer vuestras buenas intenciones, no creo que os propongais introducirlos en la feligresía de otro.

— Debo obedecer á la voz del Señor, me replicó, y no hacer caso de los que no son hijos de Cristo ó no buscan sinceramente su luz.

Y volviendo las espaldas, se alejó. El poco tiempo que duró nuestra conferencia, me habia bastado para exami-